

Der Ausbruch (1)

Por Élica E Fernández

“Una pedrada se eyectó desde el espejo y vino a incrustarse en mi cerebro. El espejo hecho trizas, mi cara hecha trizas. Algo se apoderó del resto de mi cuerpo, algo me apretaba hasta ahogarme. Ya no tenía más mi cara. Quedé así no sé cuánto tiempo. Todos en algún momento me empezaron a mirar con horror.

Caminé sin rumbo hasta que me trajeron acá... Todos sabían...

—¿Qué sabían?

—Quien me había arrojado la piedra desde el espejo.

—¿Vos sabes?

—Sí, pero no puedo decirlo porque si hablo me van a matar.

—Usted también sabe.”

(Javier 19 años)

En el estallido de la psicosis algo de la imagen hasta ese momento operante, algo del equilibrio instaurado, se rompe. Es un antes y un después para la mirada de los otros.

Algo ocurre aparentemente de golpe, algo altera lo que antes parecía armónico, común, casi obvio, casi formando parte de la manera de ser.

¿Es posible pensar que el fenómeno psicótico irrumpa en una persona hasta ese momento “normal” o “adaptada”? ¿Y si no fuese así, qué hace que un acontecimiento determinado marque un antes y un después, a veces abismal en esa persona?

¿Y cómo era antes, cuando no se había quedado perplejo, cuando no había elaborado aún el relleno de sentido de ese agujero que lo atravesaba llenándolo de horror? ¿La estructura se manifestaba en él secretamente, como algo incomunicable y cerrado a todo otro interlocutor?

Cuando le pregunté a Javier qué le pasó antes de la pedrada, contestó:

“No hay palabras. Se agujereó todo. Se escaparon. Se perdieron. Se me van con el aliento. No puedo dejar de respirar, se van.”

Retazos de recuerdos, imágenes deshilachadas, briznas de deseos posibilitaron con el transcurrir de los encuentros, construcciones que fueron armando una historia verosímil de la que se fue apropiando.

Un día, al llegar a su sesión, entra llorando convulsivamente y me abraza: “Hoy me reconocí en el espejo del ascensor”.

El desencadenamiento de las psicosis: Desencadenar: “quitar la cadena al que está con ella amarrado. Romper o desunir el vínculo con las cosas inmateriales. Dícese de algunas cosas que por su ímpetu y violencia con la que obran, rompen o estallan, parece como que han quedado libres de todo freno: desencadenamiento de las pasiones, una tempestad”.<sup>2</sup>

Lacan es quien nos habla de desencadenamiento. Su primera tesis fundamental desplegada en el seminario “Las psicosis” y en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis<sup>3</sup>”, es que la causa la encontramos en la forclusión del Nombre del Padre, la no inscripción de éste en el Deseo de la Madre, que no puede aparecer barrada por el significante fálico. Esta barradura, que por lo tanto lo marca al niño como no siendo aquello para lo que fue traído a este mundo, le permitiría al infans aceptar no ser el que completa a su madre, remitirse a la ley de la castración de la que el padre es agente, que marca a su madre como deseando algo más y distinto a él. Esto hace que su deseo emerja, insertándolo como “hacedor” en la cadena significativa de la metáfora y la metonimia, tomando los emblemas paternos. Es de esta cadena significativa que queda suelto ante el encuentro con un padre sin tener con qué representarse y contestar a este llamado.

Habría entonces una “causa accidental”: el encuentro con un significante que no posee. Una “causa de estructura”: forclusión del Nombre del Padre y la disolución de la estabilización previa armada por identificaciones imaginarias al deseo de la madre, identificaciones que lo sostienen como un niño que aparentemente no traía problemas.

Los relatos que podemos escuchar en la clínica nos hablan de sujetos reservados, solitarios, que no presentaban demasiadas rupturas del esquema familiar, sin demandas, encerrados y taciturnos. Otros son contados por su entorno como desconfiados, siempre sospechando de los demás, suspicaces y pendencieros.

Pero si nos ponemos a indagar más allá de estos relatos nos encontramos con testimonios, escritos a veces en viejos cuadernos, diarios íntimos, papeles sueltos, hasta ese momento inconfesados, con relatos de vivencias desgarradoras: el vacío, el abismo, pérdida del sentimiento de vida, o toda clase de agujeros que atraviesan lo simbólico, desligan lo imaginario, vuelven desde lo real.

El desencadenamiento tiene una trayectoria que termina en un desmoronamiento del que emergerán a veces delirios, alucinaciones o notorias alteraciones del lenguaje: cascada

significante, neologismos, frases incompletas sin sujeto, eco del pensamiento pasando por todas las posibles formas del automatismo mental.

El paradigma del desencadenamiento producido por el encuentro con Un-Padre, pareció durante muchos años traer paz a los espíritus psicoanalíticos, que creyeron encontrar la resolución del enigma.

Sin embargo la clínica nos empezó a topar con psicosis sin desencadenar, psicosis estabilizadas, psicosis que no eran tales pero que en un principio hicieron creer a sus terapeutas que habían conseguido curaciones milagrosas, y también enormes diferencias entre las mismas psicosis que no podían ser explicadas solamente por la forclusión del significante primordial. Las diferencias entre esquizofrenias y paranoia tampoco podían ser pensadas sólo a partir de este paradigma que antes parecía explicarlo todo.

También nos encontramos con desencadenamientos que no podían ocurrir sólo por el encuentro con Un padre.

Maleval<sup>4</sup> nos dice: "Aunque siempre se pudiera distinguir la emergencia de Un –Padre real en los albores de la psicosis, no sería menos indudable que el encuentro con una figura paterna, inserta como tercero en una pareja imaginaria, no constituye una condición suficiente de desencadenamiento, puesto que la observación corriente demuestra que, para un mismo sujeto, los mismos acontecimientos pueden resultar unas veces patógenos y otras no."

Más adelante dice "no es el encuentro con Un –Padre lo que revela una hiancia simbólica, es la confrontación con la incompletad del Otro lo que hace que surja el Padre gozador."

"Y resulta que en el lugar de la referencia, cuando el fantasma ya no lo cubre, sólo puede revelarse un vacío."

Lacan en 1975 en su seminario "El síntome<sup>5</sup>" pluraliza el Nombre del Padre, su declinación y aplicación al nudo borromeo, nos lleva más allá de "De una cuestión preliminar..." pero no sin ella. El anudamiento de los tres registros y sus distintas vicisitudes enriquece la operación clínica. Despeja el concepto de suplencias, que procuran estabilizaciones que ponen remedio a una forma de anudamiento fallada debido a la desconexión de lo imaginario o pueden estabilizar un falso nudo.

Hablar de suplencias implica la construcción de una manera de encauzar el goce deslocalizado y restaurar el anudamiento.

Pero muchas veces, tenemos que conformarnos con lograr una prótesis que está lejos de ser una suplencia pero que logra una momentánea pero necesaria estabilización, y da espacio entre un desencadenamiento y otro. Muchas veces el paciente tiene el "aura", el

reconocimiento de que algo empieza a andar mal en él, algo empieza a desengancharlo, otra vez, del mundo al que está precariamente enlazado.

Dice Luis: "Vengo acá porque soy rengo, una pata más corta, le falta un pedazo. Usted me pone un taco supletorio. Me voy y camino: el taco se gasta, entonces tengo que volver a que usted me ponga otro. Es así".

Leemos en El Horla de Guy de Maupassant<sup>6</sup>:

"Tengo continuamente la angustiosa sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal desconocido que germina en la carne y en la sangre".

Hasta acá podemos decir que lo que es común en el decir de los pacientes es la vivencia del vacío significativo inubicable, que el sujeto llena con las certezas de ser el blanco de una significación mortífera que lo alude, pero de la cual no tiene la menor idea hasta que pueda, a veces, construir un delirio, o que otras veces lo arroja al pasaje al acto.

Este vacío significativo que representa la incompletad del Otro para la cual no hay palabra, puede ocurrir ante el encuentro con la sexuación que no lograda (muy común en los desencadenamientos adolescentes), ante la exigencia de tomar la palabra, cuando la situación les demanda sostener una opinión o asumir una responsabilidad, (por ejemplo ser padres) y/o ante otro que los espera en un lugar imposible o les confirma sus secretas vivencias de ser "distintos".

Ahora bien: discernir cuál es la coyuntura dramática que revela lo forcluido en oposición simbólica al sujeto, se hace importantísimo a la hora de dirigir un abordaje posible, ya que es la investigación de este punto de ruptura y el punto de amarre del equilibrio anterior lo que nos permitirá una dirección posible al tratamiento.

La pluralización del Nombre del Padre permite otra apertura: éste ya no puede ser considerado un universal, sino una invención subjetiva posible. Una creación del sujeto que le permita amarrarse de otra manera.

El vacío. La nada. El horror

"Se acerca Dios en pilchas de loquero,  
y ahorca mi gañote  
con sus enormes manos sarmentosas;  
y mi canto se enrosca en el desierto.

¡Piedad!”<sup>7</sup>

Recurrimos a Solal Rabinovich<sup>8</sup> para que nos diga de esto que encontramos reiteradamente en el decir desgarrado de estos sujetos que se sienten gozados por el Otro cruel, sin ley, sin lógica previsible, a puro capricho, frente al que se encuentran sin recursos.

“La nada metapsicológica de lo inconsciente freudiano se escribe en Lacan como el desanudamiento de RSI donde ningún padre ni ningún hombre puede venir a anudar las tres dimensiones, puesto que lo que anuda es la nominación. El encerrado afuera sufre de un exilio de un adentro excluido para siempre, ese adentro constituido por las Sachen, lo real pulsional rechazado, se confunde con lo real de afuera, un real puro, crudo, frío.

Las dos lecturas aquí pueden cruzarse: la del exilio afuera, en lo real del afuera, de los significantes del Padre, y la del goce del Otro, goce real del cuerpo, verdadero agujero que es el exilio del lenguaje. El encerrado fuera conoce y experimenta los dos ‘afuera’.

La nada en las psicosis es el psiquismo vaciado de las representaciones de cosa inconscientes; del afuera solamente volverá algo”.

Más adelante se pregunta, pregunta que creo que es necesario desplegar:

“¿Qué puede decirse para el sujeto cuando nada del deseo de la madre ha podido ser simbolizado para permitir que se efectúe la operación del padre que dice no?”

El hijo en el deseo materno puede ocupar el lugar de síntoma, de falo o de objeto a. Esto depende de la operación de la metáfora paterna en la madre y de las circunstancias particulares del advenimiento de cada niño en la historia de cada madre y de cada familia. Azar y repetición.

También puede ocurrir que este niño no sea alojado en el deseo materno, no se configure en su narcisismo. El niño tendrá por lo tanto su cuerpo como propio, el yo y el otro, configurados en un espejo astillado.

Dice magistralmente Kensaburo Oé<sup>9</sup>:

“Cuando esa miradas (se refiere a las de la madre) se posaban sobre él, se sentía como si las frágiles raíces de su propia existencia de ser humano se encogieran y se desecaran al instante, igual que si fueran finas raicillas agostadas por el sol. En tales ocasiones le era totalmente imposible asumir, con inocencia y sin sentirse culpable, que él pertenecía a la especie humana.”

Esa nada, nada en el deseo de la madre, nada en el operativo paterno que lo incluye en la filiación, es generalmente cubierta por una significación mortífera invasora: el cuerpo se desdibuja, se pierde, se troza, se desmiembra. Los otros son sólo enemigos que lo acechan, la mirada del otro es omnipresente, todo le hace signo, el mundo se torna invivible, el significante se rompe, se autonomiza, lo alude en la paranoia.

El precario lazo social, si existía, se rompe, a veces la adicción establece un lazo allí donde hubiera sido necesario el significante de la falta. A cambio de ese significante que falta se instalan las voces omnipresentes, las cámaras que todo lo ven, los oídos que todo lo escuchan. O el encierro, la mudez, el deterioro.

Es el lugar del analista, la presencia del analista, prestando cuerpo, deseo, palabras-no todas, un lugar tercero pacificante por fuera de él, que podrá, eventualmente, encauzar der Ausbrch hacia un anclaje distinto, sin retroceder, pero con un saber-hacer, posibilitando una nominación. Cortando y cosiendo, alojando, apalabrando.

Es una apuesta.

“Necesario parece,/ pero sin sentido fuera/ si no se viera al fondo/ el desfondado sitio/ que nos vuelve a unir/ de otra manera, no/ por accidente sino/ en luminoso esfuerzo.”<sup>10</sup>

N de la R: el equipo de doce investigadores coordinado por Élide Fernández y con la supervisión de Kuky Coria como metodóloga, acaba de ganar el Primer Premio otorgado por el CODEI-AMEGHINO, por el trabajo titulado “Abordaje de pacientes graves en el Centro de Salud”

- 
1. Expresión freudiana usada en “La pérdida de realidad en neurosis y psicosis”, 1924, que significa irrupción o estallido.
  2. Diccionario Enciclopédico Salvat. Salvat Editores Argentina. Buenos Aires. Edición 1962.
  3. Lacan, J. Seminario “Las Psicosis”, Paidós –Buenos Aires 1984.  
— — “Escritos II” Siglo XXI Editores. México 1975
  4. Maleval, J. C. Lógica del Delirio. Ediciones del Serbal. España 1998. Cap 6.  
— — La forclusión del nombre del padre. El concepto y su clínica. Paidós. Campo Freudiano Buenos Aires. 2002 cap, 14.

5. Lacan, J. Seminario 23, "El Sinthome" Paidós. Buenos Aires. 2006.
6. Guy de Maupassant El Horla y otros cuentos fantásticos. Madrid. Alianza Editorial. 1979.
7. Fijman, Jacobo: Obras (1923-69) 1: Poemas. Investigación y recopilación Alberto Arias. Araucaria /Signos del Topo. Buenos Aires. 2005. Del Poema Canto del Cisne, pág. 62.
8. Rabinovich, Solal Encerrados afuera. La preclusión, un concepto lacaniano. Ediciones del Serbal. España. 2000, cap 5.
9. Oé, Kenzaburo: Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura. Anagrama. Barcelona. 1995, pág. 140.
10. Bellisi, Diana. Extractado del poema "Elpreciado secreto " en La edad dorada Adriana Hidalgo editora 2003. Argentina, pág. 35.